

## Acta de fallo del jurado 3er. Premio Carlos Monsiváis de crónica breve “Prosas de la ciudad” 2021

En la Ciudad de México, siendo las 20:01 horas del martes 8 de junio de 2021, reunidos de manera virtual con el enlace:

<https://us02web.zoom.us/j/86363892485?pwd=Ny9KtW4zQVI6dTR4S3BiQk91cE1adz09>

El jurado del 3er. Premio Carlos Monsiváis de crónica breve “Prosas de la ciudad” 2021, compuesto por la periodista **Carmen Galindo**, la escritora **Diana del Ángel** y el editor **Joshua Córdova**; decidió otorgar el **primer lugar** a la crónica que lleva por título ***Divas, diosas y Amazonas; mujeres en la Lucha Libre vs el COVID-19*** de Mario Alberto Medel Campos, debido a que la crónica: “Maneja una multiplicidad de registros (diálogos, citas, referencias) que generan fluidez en la crónica. Presenta un amplio conocimiento del tópico, una documentación detallada sobre la lucha libre y una profundidad histórica del tema. Atiende la realidad presente desde el contexto, el tema y los personajes presentados, lo que rinde homenaje a Carlos Monsiváis”.

Asimismo, el jurado nombró **segundo lugar** a la crónica que lleva por título ***Colonia Nápoles: Pequeña crónica de los días de guardar*** de Edgardo Antonio Bermejo Mora; **tercer lugar** a la crónica que lleva por título ***Amada ciudad*** de Laura Sofía Rivero Cisneros.; y **cuarto lugar** a la crónica que lleva por título ***La fuente de la juventud*** de Fausto Patricio Jijón Quelal. También decidió otorgar **mención honorífica** a la crónica que lleva por título ***Ombigo*** de Aldo Raymundo Martínez Sandoval.

Carmen Galindo Ledesma

Diana del Ángel

Joshua Córdova

## COMITÉ DE SELECCIÓN

### Diana del Ángel

Poeta, ensayista, cronista y defensora de derechos humanos. Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas de 2010 a 2012 y del FONCA, en su programa de residencias artísticas. Obtuvo la primera residencia de creación literaria Fondo Ventura/Almadía. Miembro del Seminario de Investigación en Poesía Mexicana Contemporánea desde octubre del 2016. Desde 2002 hasta 2017, formó parte del taller “Poesía y silencio”. Ha publicado *Vasija* (2013), *Procesos de la noche* (2017), *Barranca* (2018) y artículos en diversas revistas y medios digitales. Algunas de sus traducciones del náhuatl al español han sido publicadas por la revista *Fundación*. Es candidata a Doctora en Letras con la tesis *Cuerpos centelleantes. La corporalidad en la obra poética en la obra de Rosario Castellanos, Enriqueta Ochoa y Margarita Michelena*.



### Carmen Galindo

Periodista y docente mexicana. Discípula de Salvador Novo y amiga cercana de Carlos Monsiváis. Ha contribuido ampliamente dentro del medio cultural mexicano. Se desempeña como profesora en el Colegio de Letras Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL-UNAM). Su obra periodística, ensayística y de investigación en torno a la literatura en México ha sido publicada en múltiples medios impresos y digitales, entre los que se encuentran *El lenguaje se divierte* (1999), el prólogo a *Eugenia Grandet - La piel de Zapa* de editorial Porrúa y *Julio Antonio Mella como personaje literario* (2007). Ha participado como jurado y dictaminadora en distintos certámenes, destacando el Comité de premiación del Premio Nacional de las Artes y Literatura 2019, en el área de Lingüística y Literatura.



### Joshua Córdova

Egresado de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde también ha sido profesor adjunto. Actualmente, es director editorial de Primera Página, proyecto con el cual formó parte del programa de acompañamiento de Piso 16. Laboratorio de iniciativas culturales de la UNAM, durante el 2020. Asimismo, ha laborado como asistente de investigación y es miembro del Comité de Investigación y Editorial de la colección “Novelas en la Frontera”, de La Novela Corta, una biblioteca virtual, del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Ha colaborado en diferentes medios impresos y digitales.



## CRÓNICAS PREMIADAS

### 1° Lugar

#### *Divas, diosas y Amazonas; mujeres en la Lucha Libre vs el COVID-19*

#### Mario Alberto Medel Campos "Efyl Rotwailer"

La presente crónica es homenaje a Carlos Monsiváis y su apoyo a la Lucha Libre, en general, y a la figura de las luchadoras, en particular. En marzo del año 2001, la periodista Tere Vale entrevistó al cronista, ejemplar vecino de la colonia San Simón de la Alcaldía Benito Juárez, en torno a su opinión acerca de que la mujer participe en la Lucha Libre: "Me parece muy bien, lo contrario sería pensar que las mujeres deberían estar en un rincón, bordando los sueños del machismo".



Y es que la figura femenina se ha tenido que abrir paso poco a poco en el mundo del "costalazo", y con la llegada a México el martes 28 de febrero de 2020 del primer caso de Covid-19 que llevó a una cuarentena inminente y a la suspensión temporal de las actividades no esenciales y eventos de concentración masiva, la vida económica, luchística, deportiva y profesional de muchas exponentes del ring se vio interrumpida.

A pesar de tan difícil situación mundial, se gestaron espacios aliados preocupados por que las y los deportistas del ring pudieran continuar con sus entrenamientos. Tal es el caso del Gimnasio Benito Juárez ubicado en dicha alcaldía, que tras un proceso arduo de higiene y seguridad, abrió sus puertas a algunos luchadores y usuarios en agosto del 2020.

El luchador Shocker, en el evento por Internet titulado "La Cotorrisa Live desde la Arena México Vol. 2", realizado en marzo del 2021, menciona que: "Desde hace seis meses, llevo entrenando aquí, hay aparatos muy buenos". De igual manera la luchadora y campeona nacional femenil Reyna Isis ha hecho uso de las instalaciones de este gimnasio como se puede observar en el capítulo titulado "Terminé en las uñas Reyna Isis vs Diamante Azul".

\*\*\*\*\*

### Primera caída. Inicios y veto

El 12 de julio en 1935 en la recién renovada Arena México, se llevó a cabo el primer encuentro femenil en el país. En el cartel se anunciaba la participación de cinco mujeres extranjeras y una mexicana: Natalia Vázquez

(México) vs. Katherine Hart (Canadá); Teddy Meyers (EU) vs. Dot Apollo (Irlanda) y Mae Stein (Alemania) vs. Louis Francis (Francia). La función fue un éxito por el interés que generaba ver a mujeres combatiendo, pero el debut de la primera luchadora mexicana poco interesó al público. Ya era inevitable el avance de la Lucha Libre Femenil en México. Como lo afirma la revista *Somos* titulado “Todo sobre la Lucha Libre. Máscaras vemos, cabelleras no sabemos” (15 de marzo del 2000):

Un grupo de jovencitas mexicanas se acercaron al famoso Jack O’Brian, para que se convirtiera en su maestro.

La propuesta fue aceptada y comenzaron su entrenamiento Irma González, Chabela Romero, La Enfermera, Toña la Tapatía, Rosita Williams y la primera mujer que cubrió su rostro, La Dama Enmascarada, quienes se convirtieron en auténticas gladiadoras, conquistando al público y las Arenas. Este grupo hizo su debut en Nuevo León, Guanajuato.

En 1955, se solidifica la Lucha Libre Femenil con la participación de las luchadoras mexicanas anteriormente mencionadas. En Monterrey se lleva a cabo un torneo para elegir, entre diversas gladiadoras, a la primera campeona nacional: La Dama enmascarada.

Bajo un ambiente predominantemente de testosterona, para una luchadora es doblemente laborioso hacerse de un nombre y de un lugar dentro de la Lucha Libre. “Los compañeros no veían con buenos ojos que las mujeres nos subiéramos al ring, decían que la cocina era el lugar de nosotras, tal vez pensaban que les íbamos a quitar su sitio”, afirmaba en una entrevista Irma González, quien encarnó a la Novia del Santo debido a que su futuro esposo se oponía rotundamente a que luchara. El consagrado comentarista de Lucha Libre, el Dr. Alfonso Morales, confirma este tipo de trato al referirse al difícil camino de las gladiadoras. En la revista *Record Luchas especial* (2010) “Mujeres en el ring”: “pocos reconocían su labor heroica de manera que existían y siguen deambulando los machos que vociferan en contra de las mujeres con corazón de guerreras, las cuales se mantuvieron a pesar de los ‘caballeros’, al grado que en los medios no eran bien vistas y por ende no había la promoción y menos los resultados de sus refriegas”.

En la década de los cincuenta, el regente capitalino Ernesto P. Uruchurtu, mejor conocido como “El Regente de Hierro”, junto con el jefe de espectáculos del Distrito Federal dictaron que: “por Ley queda prohibida en el Distrito Federal, la capital del país, los encuentros de Lucha Libre Femenil”. Se argumentó que “dicha actividad era movida por el morbo, estos combates eran considerados ‘indecentes’ y por el contrario, la mujer tenía que ser integrada a actividades que exaltaran su femineidad, como la gimnasia, o aquellas que no amenazaran sus facultades reproductivas como ángeles guardianas del hogar y la nación”.

Todo esto con el aval de autoridades de la Comisión de Box y Lucha Libre, el presidente y también conocido escritor Luis Spota y Rafael Barradas, secretario de dicha comisión. La lucha libre femenil era considerada un peligro moral porque no correspondía con la identidad femenina mexicana: Las mujeres debían ser frágiles y sumisas. Las mujeres luchadoras desaparecen de la Ciudad de México, no así del plano nacional, ya que la Lucha

Libre Femenil evolucionó en el interior de la República y en el Estado de México.

En contraste, en la cinematografía nacional una luz parpadeaba en este periodo de oscurantismo, ya que situaban la figura de la gladiadora contra estereotipos de género, y de la mujer devoradora de hombres. En 1962 se estrena *Las luchadoras contra el Médico Asesino*, primera película de mujeres en el cuadrilátero (aunque no fue protagonizada por una luchadora, sino por la actriz Lorena Velázquez), dirigida por René Cardona, quien se encargaría de llevar a la pantalla grande más películas con la figura de la luchadora como protagónico: *Las lobas del ring* y *Las luchadoras contra la momia* (1964); *Las mujeres pantera* (1966) en cuyo filme aparece la bailarina “Tongolele” interpretando a una luchadora enmascarada; *Las luchadoras contra el robot asesino* (1968); *La mujer murciélago* (1968), protagonizada por Maura Monti, quien encarnaba a una justiciera que también luchaba arriba de un ring; *Los luchadores de las estrellas* (1993) y *Vampiro guerrero de la noche* (1994).

En el ámbito luchístico, nombres como Lola González e Irma González, Tania “La guerrillera”, La briosa, Estela Molina, Pantera sureña, Irma Aguilar, la antes mencionada “Dinastía Moreno” (Rossy, Esther, Cynthia y Alda Moreno), mantuvieron en alto el nombre de la Lucha Libre Femenil en el terreno independiente nacional e internacional, trazando el camino para que el 21 de diciembre de 1986 en la Ciudad de México se quitara el veto hacia los encuentros femeninos. La Arena Coliseo reabrió sus puertas en una magna función de Lucha Libre con relevos australianos entre Lola e Irma González junto a Irma Aguilar vs. Mujer Salvaje, Yuma y “La diva” Martha Villalobos.

\*\*\*\*\*

## Segunda caída. Mujeres en la lucha

Acudo nuevamente a Carlos Monsiváis en el prólogo del libro *Espectacular de Lucha Libre. Fotografías de Lourdes Grobet* que detalla esta ecuación y sus resultados:

...tal vez el más profundo de los escenarios de la Lucha Libre se localice en la zona de los gritos, ese elevadísimo juego diabólico que describe el evento, apuntala al ídolo, desfoga al espectador, reinventa la Guerra Florida, ‘¡Queremos sangre! ¡Rómpele su madre! ¡Friégatelo! ¡Chíngatelo! ¡La quebradora, cabrón! ¡No lo dejes! ¡No te quedes ahí paradote!’... los gritos son ecos de sí mismos, y la precipitación auditiva se deconstruye en sonidos feroces, sonidos de aprobación, sonidos que animan la continuidad de las generaciones sobre el ring.

Estos gritos muchas veces han sido emitidos por dos de las más fervientes aficionadas a la Lucha Libre. Una fue doña Virginia Aguilera, la “Abuelita de la Lucha Libre mexicana”, recordada por subirse al encordado para golpear con su inseparable paraguas a los rudos que hacían “pasar las de Caín” a los técnicos que tanto amaba y defendió siempre. Doña Virginia se convirtió en ícono de la Arena Coliseo. Falleció el 10 de mayo de 1997. En una entrevista publicada en *Espectacular de Lucha Libre* mencionaba: “recojo los mechones todavía



manchados de sangre y me los meto a la bolsa. Cuando llego aquí los lavo muy bien, los pongo a secar y después los envuelvo como un recuerdito”.

Otra aficionada constante en la Arena Coliseo es la defeña de corazón Guillermina Zarzoza Buitrón, mejor conocida como “La cavernaria”. En el documental *Nuestra Lucha Libre*, dirigido por David Ferreira y transmitido por Canal 22 en abril de 2018, “La cavernaria” comparte sus orígenes y aficiones por este deporte:

Quando mi mamá me mandaba por las tortillas, me iba corriendo a la Coliseo para ver la filmación y mi mamá desesperada porque no llegaba yo con las tortillas, fue así que desde chamaca me llevaba mi papá y con el correr de los años me empezaron a conocer y me fueron dando trofeos, máscaras, caballeras, reconocimientos, valiosos recuerdos de mi infancia y de mi juventud. Como mi favorito en aquel tiempo era El Cavernario, la porra de los rudos empezaron a decir, ya llegó ‘La cavernaria’ y de ahí a la fecha se me quedó el mote...

Las mujeres se hicieron de un lugar, con constancia, disciplina y, ante todo, con trabajo de calidad. La primera sería Lourdes Grobet, aficionada y artista independiente. Su trabajo tras la lente de una cámara fue un parteaguas en el reconocimiento de las luchadoras y la empatía del aficionado por el lado humano de estas mujeres. Por su parte, Tania Licona inició como edecán en la primera década del siglo XXI. Tras dejar las pasarelas por formar una familia con el luchador Toscano, regresó a conducir la mencionada serie *El Luchador*, primer reality en Latinoamérica. La otrora edecán se dedicaría a ejercer su carrera de periodismo en otros ámbitos deportivos. También Karla de la Cuesta, junto con Enrique Sánchez Vera y Gerardo Mendoza, formaron el equipo de conducción que, hacia mayo de 2007, narraban la Lucha Libre del CMLL a través del canal Cadena tres, suceso que es un parteaguas en el periodismo luchístico, ya que no se tenía registro de una mujer comentarista del deporte espectáculo.

Como siempre adelantado a su tiempo, Monsiváis predijo que al estar faltos de funciones de Lucha Libre el aficionado necesitaría encontrar una nueva manera de seguir consumiendo lo relacionado con dicho deporte. En la actualidad, los medios electrónicos son los encargados de saciar esa necesidad de información al respecto de la Lucha Libre, diversas páginas en Facebook, así como infinidad de canales en YouTube sobre el panorama luchístico nacional e internacional donde el aficionado mexicano de la Lucha Libre se enteró de todo lo relacionado al deporte espectáculo durante la cuarentena.

Afuera de las arenas “las comerciantes” libran otra batalla. En cada función, una mujer y su hija aguardan en su puesto de máscaras y playeras previamente montado con tubos y trozos de tela. A unos pasos de ellas, sobre la banqueta, otra comerciante vende figuras de luchadores y pequeños cuadriláteros. En los puestos de tacos, un señor despacha mientras su compañera toma la orden y cobra el dinero. La señora de las quesadillas prepara con ahínco este manjar con diversos ingredientes: chicharrón, tinga de res y de pollo, hongos, entre otros que sorprenden al turista y a los visitantes de otros estados que se enteran que “las quesadillas no solo

son de queso”.

Dentro de la arena, el personal de mantenimiento se encarga de que esté limpia, barre, trapea; otras colaboradoras preparan las tortas, las palomitas, enfrían las cervezas y los refrescos, y otras operan las taquillas. Las y los comerciantes formales e informales son parte esencial de la Lucha Libre. Este paisaje lleno de folklore y de distintos aromas, sabores y edades no se volvería a llevar a cabo durante aproximadamente un año.

Afuera de las arenas, como testigos mudos, los carteles se quedaron pegados en las paredes. En ellos, el tiempo quedó detenido. En un año de ausencia han soportado frío, lluvia, calor, indiferencia, nostalgia de un pedazo de historia de lo que fue, de lo que sería y ya no pudo ser en la Lucha Libre.

\*\*\*\*\*

### **Tercera caída. “Nueva normalidad”**

Las luchadoras tuvieron que adaptarse a la cuarentena. Ejercieron profesiones alternas, como Sanely que se dedicó casi en su totalidad a su carrera en Psicología y a ejercitarse eventualmente, haciendo uso de aparatos básicos como escaladoras o caminadoras; Dalys, esposa del Negro Casas, quien a base de una dieta saludable y rutinas de ejercicios se ha mantenido activa; Lady Apache incursionó en las transmisiones en vivo mediante la plataforma de Facebook, así como en la venta de productos para tener un souvenir (el mismo Monsiváis tenía una serie de estampas de luchadores, bien cuidadas en un tarjetero, así como su colección de cuadriláteros, entre ellos uno verde con lona blanca, cuerdas blancas y postes de madera, así como sus muñecos de plástico, y un Santo Niño de Atocha con la indumentaria del Santo).

El 6 de agosto del año 2020 la Secretaría de Gobierno de la CDMX permitía que se realizaran funciones de Lucha Libre a puerta cerrada. A exactos 139 días de inactividad meramente luchística, el CMLL realizó, en conjunto con la Secretaría de Cultura, una función a puerta cerrada transmitida en línea. Los espectadores mediante sus comentarios trataron, desde su domicilio, de recrear el ambiente que se vivía en las arenas. Se dieron comentarios creativos y picarones que trataban de evocar el recuerdo y el aroma de aquellas funciones pasadas:

- ¡Máscaras, máscaras! Lleve sus máscaras
- El de las papas ya se hizo wey con mi cambio...
- Yo estoy buscando al de las chelas...
- Las chelas están al tiempo.
- Chelas, chelas, ¿cuántas, cuántas?
- Mándame una, por favor.

Sí bien es cierto que La Lucha Libre Femenil en México tiene un gran futuro con las más de 400 luchadoras activas, aún falta romper estereotipos de género y reconocer a las luchadoras como protagonistas, sin olvidar a las esforzadas comerciantes afuera de las arenas, las periodistas y empresarias.

Como corolario de esta crónica, acudo nuevamente a Carlos Monsiváis en su libro *Los rituales del caos*:

La Lucha Libre en México: un reductor popular donde se encienden y tienen cobijo pasiones inocultables; ídolos que lo son porque muchos pagan por verlos; broncas en el ring donde los temperamentos superan a los vestuarios; pasión gutural y visceral por los ‘rudos’ y admiración dubitativa por los ‘científicos’; espectadores levantiscos que gritan ‘¡Queremos sangre!’ tal vez para imaginarse los sacrificios en el Templo Mayor; nombres que representan gruñidos de la rabia escénica y el estruendo sinfónico de la caída de los cuerpos. Recuerden, recuérdennas.

## 2° Lugar

### *Colonia Nápoles: Pequeña crónica de los días de guardar*

**Edgardo Antonio Bermejo Mora**

*Estoy cansado de las casas,  
estoy cansado de las cosas.  
Estoy cansado de estar vivo,  
aunque más cansado sería estar muerto.  
Estoy cansado de estar cansado.*

**Luis Cernuda**



“Los curiosos acontecimientos que constituyen el tema de esta crónica se produjeron en el año 194...”. Así empieza la novela *La Peste* de Albert Camus, sin el último dígito que nos negó el escritor francés para restarle historicidad y aumentarle universalidad a su relato. Escribo esta crónica desde mi confinamiento en los años del COVID-19. Lo hago desde el tercer piso de un edificio de apartamento de la colonia Nápoles en la Ciudad de México, entre los meses de febrero de 2020 y marzo de 2021. He tomado prestado para el título dos obras de mi patrimonio lector: *Pequeña crónica de grandes días*, de Octavio Paz, y *Días de guardar*, de Carlos Monsiváis.

La vida transcurre expectante y sigilosa desde mi ventana. La ventana es mi puesto de observación de lo que pasa alrededor, desde aquí vivo “los curiosos acontecimientos” de nuestra propia peste. Es la mía otra “ventana indiscreta”, y es éste un recuento a varios registros de mis días de guardar. No se despliega a partir



de un canon estrictamente cronológico donde el testigo acude a las herramientas narrativas para explicar la complejidad de lo que ocurre. Es más bien un artefacto verbal que se detiene en la inmediatez profunda de lo inmediato, que esboza la hoja de ruta con la cual guiarme dentro del laberinto en el que se ha convertido mi propio encierro.

El encierro es un espacio en el que florece la imaginación, un territorio cautivo donde se explora el lenguaje, donde circula el conocimiento y la creatividad entre la monotonía de las cuatro paredes y el recuento diario de los contagiados y los muertos del planeta. El encierro puede ser, a fin de cuentas, una forma de la experiencia literaria. Por encima de la clausura, subsiste, perdura, se amerita, la palabra.

No es esta una crónica en el sentido estricto como tampoco es un diario, si bien tiene algo de ambos. Es acaso un laboratorio narrativo que se da la tarea de rastrear la imposible secuencia de los días que se repiten en su exasperante monotonía. Si la crónica es, en esencia, la experiencia narrada del movimiento, del viaje, de la otredad, un testimonio de lo externo desde el punto de vista de un narrador que se desplaza a través de la materia observada, estas páginas navegan en sentido opuesto: no la crónica del movimiento sino de su contrario, la quietud. Sus únicas coordenadas posibles son las que establece la soberanía íntima de lo doméstico.

## 1

Recomendación de Alberto Camus para los días de cuarentena. Un pasaje de *La Peste*: “Pregunta: ¿qué hacer para no perder el tiempo? Respuesta: sentirlo en toda su lentitud”.

## 2

Pasa frente a mi ventana –mejor dicho, le oigo pasar– el señor de los tamales oaxaqueños. Me asomo a verlo. El lento pedalear de su triciclo y la cantaleta en el megáfono, de todos conocida, me provoca cierto estado de paz y seguridad. La vida sigue. Pienso entonces en este pasaje de una crónica de Juan Villoro que aparece en *El vértigo Horizontal*: “Desde hace siglos los tamales de Oaxaca son magníficos, pero ahora llegan acompañados de una voz. Un carro- bicicleta lleva una grabadora donde oficia el locutor más escuchado del país. ‘Hay tamales Oaxaqueños, tamales calentitos...’. Lo mejor de esos antojos es el mensaje que transmiten. Hay días torcidos en los que todo se va al carajo y sentimos en las sienes una corona de espinas para los que no existen analgésicos. Entonces llega una señal de esperanza: la vida es un desastre, pero los tamales oaxaqueños siguen calentitos”.

## 3

Me asomo de nuevo a la ventana y descubro esta vez que el tradicional y ya casi extinto carrito de la jarriería visitó mi barrio y se detiene por un momento en la esquina de Dakota y Georgia. Está parado justo

debajo de mi casa, con sus escobas, cubetas, cepillos, recogedores, estropajos y grandes plumeros dispuestos con gran esmero sobre un armatoste de cuadro ruedas. Las escobas lucen como otra pica en Flandes. Su presencia inusual y heroica invita a la limpieza. En apoyo a este hombre, que hoy lo arriesga todo para ofrecer su mercancía, he bajado a comprarle un plumero colorido.

#### 4

En 1983 el filósofo francés Gilles Lipovetsky publicó un libro ya clásico con el título: *La era del vacío, ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Regreso a él en estos días de cuarentena, mientras me cercioro que tengo en el refrigerador suficiente comida para al menos dos semanas y que en el armario se apilan dos docenas de rollos de papel higiénico. Pienso entonces que se adelantó a lo que ahora contemplamos. Estamos, nos dice, ante: “una nueva fase en la historia del individualismo occidental, (...) vivimos una segunda revolución individualista, (...) (un cambio de escala) en las instituciones, los modos de vida, las aspiraciones y finalmente las personalidades, (...) una mutación sociológica global”.

#### 5

Hay otra pandemia que convive entre nosotros los confinados: el insomnio. Vulneramos en este aislamiento las fronteras entre el día y la noche, pagamos esta osadía por las madrugadas. El insomnio es el otro virus que nos consume en el encierro. Los mosquitos, el calor, la angustia y la soledad son los agentes de su transmisión y no hay cubre bocas ni antifaz para los ojos que valgan. Si convivir conmigo mismo en esta cuarentena es un trabajo de tiempo completo, ¿por qué las horas extras del insomnio?

La noche insomne es un tenaz repaso autobiográfico. La memoria es el tuétano del insomnio, la medida de toda eternidad, un recurso de queja en el tribunal de la noche. Desgrano insomnios en la soledad de mi almohada. Qué largos los minutos que preceden al sueño en las noches de la pandemia, qué obstinados.

A altas horas de la noche releo de Borges su “Funes el memorioso”, esa “larga metáfora del insomnio”, como el propio Borges calificó a su relato. A Irineo Funes le era muy difícil dormir: “dormir era distraerse del mundo”. También leo y reinvento a Octavio Paz. “Hermandad”: soy hombre, duermo poco, y en este mismo instante alguien (un mosco) me delecta.

La noche es de los mosquitos y su tenacidad vocinglera. Me refugio de ellos debajo de las cobijas, suenan tan poderoso que no alcanzo a entender por qué lo nombramos con un diminutivo. Me acecha un mosquito narcisista y altanero, con sus alas maquinales, acaso imagina que le aplaudo su actuación. Yo lo que intento es aplastarlo con las manos. Es el mosquito la metáfora de todo aquello que me amenaza en el presente. También esto pasará, me digo, aunque el mosco desconozca la sana distancia. El principal problema de los mosquitos es que padecen de insomnio, pagamos con el nuestro su inquietud nocturna.

Con las manos manchadas de sangre, tras asesinar al Rey Duncan, Macbeth se repite una y otra vez: “¡sleep no more!”. Con mis manos manchadas de sangre, tras aplastar al mosquito que se festinó con mis venas, repito esas líneas y su decreto insomne: “no dormirás más”. Macbeth asesinó al sueño y al hacerlo decretó el insomnio universal. Nostalgia culpígena del sueño que es, nos dice Shakespeare en *Hamlet*, “muerte de la vida de cada día, baño reparador del duro trabajo, bálsamo de las almas heridas, principal alimento del festín de la vida”.

Nuevo hallazgo insomne. “Son las dos de la mañana y yo ya no soy yo; soy todos”. Carlos Monsiváis, *Amor Perdido*.

## 6

*Contigo en la distancia* se llama el programa de la Secretaria de Cultura en apoyo a la comunidad artística durante la pandemia. Todos lo encontramos insuficiente. A cambio, hago el recuento de una semana de apoyo a la creación artística que pasa bajo mi ventana: 50 pesos para la banda mixe, otros 50 para los marimberos de Chiapas, 50 más para el organillero chilango –su uniforme caqui ya es parte del patrimonio indumentario del país- y 100 para los clarinetistas de Chalco. La banda mixe de alientos, que visita mi barrio desde San Lucas Camotlán en Oaxaca, tocan “Amor eterno” de Juan Gabriel. Diversidad cultural en la pandemia.

## 7

La lectura y sus fatigas. Cuando cumplí 40 años me regalé una lectura pendiente de mi vida. *La guerra y la paz* de Tolstoj, en la edición de Porrúa. Le hincó el diente a sus 1200 páginas en 12 sesiones de 3 horas, 100 páginas por sesión. 36 horas en total. Advierto que he pasado un tiempo similar lavando trastes y limpiando la casa en estos días de encierro.

## 8

Suicidios surtidos. Hoy salí por provisiones y me percató con sorpresa que el tianguis de la Ciudad de los Deportes se puso como todos los jueves sobre la calle que divide a la Plaza de Toros México y al Estadio Azul. Cuatro o cinco personas se quitan por un momento el tapabocas para entrarle a los tacos en un puesto de carnitas de nombre perturbador: “Carnitas suicidas”. Así se llama.

## 9

En el encierro creativo mi hijo y yo rescatamos esta tarde tres cosas del cuarto de trebejos: la infancia de mi adolescente, mi paternidad empolvada y un viejo deporte de casa: batallas de soldaditos con artillería de canicas. De a peso por soldadito derribado. Destapo por primera vez en años el viejo bote metálico de canicas, alguna vez caja de galletas danesas. Admiro de nuevo su intenso colorido y la manera en que reflejan la luz. Pienso entonces en un poema de Jorge Cuesta: “Canto a un Dios mineral”. Las canicas son otro canto, de

infancia, a un Dios mineral. Un cúmulo de planetas coloridos, Júpiter multiplicado en un abigarrado sistema solar.

## 10

Extravíos del almanaque. Los viernes por la tarde, cuando he terminado y enviado mi columna sabatina, suelo decretar mi fin de semana. Tomarme un tequila y disponerme al ocio reparador en cualquiera de sus formas previsible –el cine, la lectura, el amor–. En esta ocasión la palabra “fin” se diluye sin remedio en el almanaque continuo del encierro.

## 11

Los trabajos y los días. Lo he buscado en la cocina, debajo de la cama, entre mis libros, me asomo a la ventana para buscarlo, y sigo sin encontrar algo que me asegure que hoy es sábado.

## 12

Extraño una pasta y un vino sentado en un restaurante de mi barrio de la Colonia Nápoles, frente al parque Alfonso Esparsa Oteo. Extraño ver un partido de béisbol y una tarde en la Cineteca Nacional. Extraño a mi novia. Siguiendo a Benedetto Croce: extraño a mi historia como hazaña de la libertad.

## 13

Instrucciones de Julio Cortázar para sobre llevar la cuarentena. “Las costumbres son formas concretas del ritmo, son la cuota de ritmo que nos ayuda a vivir” (*Bestiario*).

## 14

Un silbato ancestral rompe el silencio de mi tarde confinada. A medio camino entre la revolución industrial y el descubrimiento del fuego, el carrito de los camotes y los plátanos machos fritos silba, cruza las calles y atraviesa el tiempo.

## 15

En la fábula de los puercoespines, que por el frío se juntaban pero entonces se picaban unos a otros con sus púas, hasta que encontraron el justo medio para sobrevivir, es decir, la “sana distancia”, Schopenhauer nos regaló una imagen clara para sobrellevar en sociedad a la pandemia.

## 16

Es el mediodía de un martes cualquiera de principios del 2021, todos los martes, todos los días, son días “cualquiera” a estas alturas. Al otro extremo del salón, frente a mí, mi hijo atiende sus clases en línea como cada mañana. Por ratos olvido su presencia. Pero de pronto volteo, lo observo y le saco una foto para registrar este momento que se parece a tantos otros días y semanas y meses acumulados. Regreso a lo mío, escribo, intentó concentrarme y de pronto escucho el click de la cámara de su teléfono celular. Él ha hecho lo propio, me ha registrado con su cámara en mi inalterable cotidianidad. Por Whatsapp intercambiamos las fotos, un espejo de nuestras dualidades: la soledad de sabernos acompañados.

## 17

Marzo 2021. Un planeta saturado de mercancías, un Leviatán indigesto, el imperio del acero, la pesadez abrumadora de la sociedad de consumo. Un acorazado mercante se atoró a la vez en el Canal de Suez y en la historia del siglo XXI. Ocurrió cuando escribo la última página de esta crónica, en el arranque del segundo año de la pandemia de la que aspiramos a salir con una nueva consciencia planetaria. A esa nueva utopía civilizatoria que barruntamos en la aún lejana “post pandemia” se le atoró, por lo pronto, un buque de 400 metros de proa a popa.

La hazaña de la construcción del gran Canal, en 1859, anunciaba que nos adentrábamos de lleno en el Antropoceno. Se construyó para globalizarnos aún más, se unieron dos mares separados por millones de años para hacer circular las mercancías a mayor velocidad. Hoy se “tapa” esta arteria marítima destinada a acelerar el comercio entre las naciones, como le ocurre a las venas saturadas de grasa y colesterol en un corazón enfermo. Un infarto al miocardio planetario por cuyas venas circulan buques colosales, contenedores de acero y millones de mercancías.

El siglo XXI ha elevado la demagogia ambientalista de las grandes corporaciones a niveles esperpénticos. Este barco, símbolo de todos nuestros excesos y de nuestra depredación planetaria, le pertenece a la naviera taiwanesa “siempre verde”. No es un incidente menor y sus consecuencias económicas pueden ser colosales. El gran buque de la empresa Evergreen deberá librar el trance a fin de retomar el rumbo, descargar en cada puerto de la ruta los cientos de contenedores y los millones de toneladas que habitan en sus entrañas como si se tratara de una criatura marina obligada a desovar miles de crías para permitir la reproducción y perpetuar a su especie.

Del Pequod, el barco ballenero de la novela de Herman Melville que terminó destrozado por la furia de la gran ballena blanca; al Titanic, cuyo sueño de grandeza no duró una y mil noches –como se festinaba– sino apenas cuatro noches que concluyeron con la quilla destrozada por un iceberg y un cuarteto de cuerdas amenizando el hundimiento; al Evergreen, cuyo bulbo de la proa atascado en la rivera arenosa del Canal de Suez amenaza con un infarto al comercio mundial, los barcos han tenido históricamente la misión de representar a la voluntad y al ingenio humano, no menos que a su desmesurada ambición. La metáfora flotante de todas

nuestras soberbias.

El Evergreen, atorado en el Canal de Suez, poniéndole más presión de la que ya teníamos a la economía-mundo, es la imagen que nos deparó marzo para adentrarnos al segundo trimestre del año en el que seguimos viviendo en peligro, y en el que yo sigo –y seguiré– traduciendo mi encierro al ámbito secreto de las palabras.

**18**

Ensayé greguerías y otros distractores. Cociné, limpié, leí. Leí, limpié, cociné. Vi Netflix. Inventé y reinventé –construí y deconstruí– el circular universo de lo doméstico. Se agotaron mis recursos. Estoy solo, confinado y exhausto de mí, en el piso tercero de un edificio en la calle de Dakota de la colonia Nápoles, en la Ciudad de México.

**3° Lugar**

*Amada ciudad*

**Laura Sofía Rivero Cisneros**

I

Mi mejor amiga vive en el límite de dos alcaldías: la Benito Juárez e Iztapalapa. Decide su residencia según le conviene. Opta por la primera cuando busca la confianza de alguien, pero utiliza la segunda si quiere apelar a la conmiseración. Aunque su página de Facebook indica que nació en 1995, es 45 años más grande que yo. Bromea como si tuviera mi edad, a pesar de que es mayor que mis propios padres. La conocí en circunstancias extrañas: fue mi compañera de salón en la universidad. Justamente cuando se jubiló, decidió estudiar la carrera que siempre había soñado. Ya nada podía detenerla. Ni siquiera el haber hecho válido un pase reglamentado que había expirado hacía dos décadas. Tampoco la vergüenza que muchos pueden sentir al saberse extranjeros de un lugar. Ella siempre se movió con los ademanes de una alumna, no le daba pena llegar a un salón nuevo y ver tomar su asiento a todos los jovencitos que la saludaban como se saluda a la nueva maestra a principios de un semestre. No le incomodaba evadir sus caras confundidas cuando la miraban acomodarse en un pupitre de en medio, sacar un cuaderno de su portafolio de piel, preparar la pluma y esperar a que el verdadero docente entrara para dictar cátedra.





A mí me hubiera pasado lo mismo de no ser porque llegó rodeada de un par de compañeros que repetían la misma clase, una materia que tenía fama de difícil. La trataban como nos tratábamos entre nosotros, aunque ninguno usaba, como ella, falda y saco de pana. Aunque ninguno mostraba su tarjeta del INAPAM en los torniquetes del metro. Ya me había habituado a verla convivir con sus amigos, platicando en una bolita que compartía papas con chile y otras frituras. Me acostumbré a escuchar su cascada voz que decía *presente* cuando la maestra pronunciaba su nombre al pasar lista: Amada Eréndira.

La primera vez que hablamos fue en un pasillo minutos antes de que empezara la clase. Se me acercó con su cara despistada y su tono franco: *Oye, no hice la tarea, no quiero que la maestra se enoje, no seas mala, pásamela*. Dejo caer ante mí el peso de sus sesenta años, su cara de señora afligida. Para ella, el truco ya era viejo.

Se había dado cuenta de lo fácil que era conmover a mis compañeros. Llevaba semanas sin hacer ninguna asignación, confiada en la piedad generacional. Me rehusé a patrocinar su ardid y, en cambio, le propuse asesorarla en los tiempos muertos. Ingenuamente, supuse que rechazaría mi oferta. ¿Quién quiere gastar su tiempo de descanso en aprender sintaxis de la oración compuesta? Por verla llena de desenfado, su espíritu joven, olvidé que ella, a diferencia de todos nosotros, era experta en aprovechar el tiempo para aprender, en poner la escuela antes de todo. Me dijo que sí y me propuso empezar ese mismo día. Estaba emocionada por tener la oportunidad de por fin aprender lo que tanto trabajo le había costado. Quizá ninguna de nosotras imaginó que esas clases y pláticas en la biblioteca se extenderían durante diez años y serían el inicio de nuestra preciada amistad.

## II

Amada y yo compartimos el sabernos adoptadas por esta ciudad. Siempre le he dicho que mi sueño es lograr algo que nadie en mi familia ha podido: comprar una casa. Sus rumbos me hacen sentir contenta, segura. Cada que me visita para que la asesore antes de sus exámenes, me trae algún obsequio para que mi departamento rentado parezca más un hogar: flores, manteles que me ha bordado. Solemos dejar a un lado las clases para platicar de las cosas que nos preocupan. Ella dice que por eso no ha podido acreditar los dos extraordinarios que le faltan, soy una maestra que termina pidiendo lecciones de vida.

Amada me recomienda ahorrar, aguantarme unos años viviendo en un lugar chiquito que me permita ir juntando algo de dinero para aprovechar una buena oferta. Cuando ella era enfermera, le tocó en suerte salir sorteada con el crédito de una vivienda tan solo por formarse sin querer en una fila. Dice que la fortuna nos trae muchas cosas buenas, pero también debemos trabajar para estar en condiciones de afrontarlas.

Le tomo el brazo cuando vamos a la Cineteca. Al pasar por el Hospital de Xoco me cuenta cosas que vivió cuando era enfermera en La Raza. Nos gusta comprar unas gelatinas de arroz con leche que venden en una tienda cercana. Vemos alguna película. Me dice que no debo ser tan tolerante con los hombres, por eso se

vuelven flojos. Relata con lujo de detalle las vidas más impactantes que ha conocido. Con razón no necesito sintonizar telenovelas, tengo suficiente con las historias que ella me cuenta. Ninguna de las dos tiene ninguna edad. Me pregunto si la gente que nos ve caminar por los alrededores también cae embrujada por ese hechizo que nos hace anular el tiempo.

### III

Afuera del salón, las bocinas extendían la voz de un muchacho que hablaba frente a la asamblea. Argumentos a favor del paro, gritos, abucheos, conteo de votos. Una multitud inconforme, nueva votación. Nuestra puerta azul no podía silenciar el barullo frente al edificio, la clase de latín se salpicaba con el alboroto exterior. Tras varias horas de discusión colectiva, el paro de labores era cada vez más factible. La profesora nos comenzó a dar indicaciones de qué haríamos en caso de que las clases se suspendieran. De pronto, la controversia también tomó lugar en nuestras paredes. Todos comenzaron a opinar: unos a favor, otros en contra; algunos pocos, indiferentes. Quedó de lado la filología, la conversación se centró en cómo debíamos reaccionar ante esos cierres de planteles propiciados por la desaparición de cuarenta y tres estudiantes del sur del país. Nadie tenía mucha información.

Amada pidió la palabra amablemente, tranquila, con su voz de canción de cuna, de bordado y tejido, apapacho. Hacía algunas semanas que comenzábamos a frecuentarnos. Y tan pronto comenzó a hablar, sus palabras le regresaron la tersura, la piel de manzana, el brillo, hasta convertirla nuevamente en una joven de nuestra edad, la Amada de veinte años que estudiaba enfermería y salía de trabajar de su empleo en Garibaldi ese funesto día de octubre de 1968, cuando escuchó disparos y corrió hasta refugiarse en una cornisa, sin saber muy bien qué sucedía a los alrededores. Todos los que oíamos su historia vivimos con ella la angustia de esas horas que tuvo que pasar escondida, con el filo de la muerte tras las puertas, la amenaza incesante que no se disipó hasta esa madrugada en que salió a hurtadillas, envuelta con un chal que la hizo parecer de otra edad, mucho más grande. La tela que cubrió su miedo de muchachita, valiente por cruzar la calzada que la llevó a su entonces casa en Tacuba, un camino terrible, tumba nacida, abriéndose paso entre los cuerpos de quienes, a diferencia de ella, ya nunca pudieron regresar.

Después de tirar sus zapatos enrojecidos, se llenó de angustia al recordar que su novio, un joven periodista, le había contado su plan de recorrer la marcha para hacer un reportaje. Durante varios días no tuvo ninguna pista de él. Hasta que recibió una carta donde su amor le relataba cómo, tras el ataque, se había escondido entre los cadáveres para no ser descubierto. Amaneció en el Ajusco, después de haber protegido su vida con la muerte aplastante que lo rodeaba. Le escribía ya fuera del país, en un exilio autoimpuesto tras las amenazas que seguían mordiendo la zozobra de todos los reporteros. La carta era un adiós.

Amada terminó el relato y regresó a ser la de siempre, con sus trajes marrones, los mocasines de piso, el temblor de su letra al escribir. Pero por fin entendimos el respeto que le tenía a las aulas que nosotros

malgastábamos. Ser estudiante significaba más que tan sólo estar matriculado en una institución, sino el haber decidido estar del lado de la verdad, la búsqueda, el pensamiento crítico. *El tiempo no regresa. Yo ya no estoy tan jovencita para perder tiempo*, nos dijo. Pero aun así, estaba dispuesta a sacrificar lo más preciado para ella, ese tiempo, en favor de otros estudiantes en los cuales, sin importar las mil brechas, se reconocía.

Alguna vez, pasados los años, le recordé la historia. Me compartió detalles que, en el espacio público, no quiso externar. Le dije que mi mayor fortuna era contar no sólo con una amiga que adora a los libros, sino que es también uno. Amada enciclopedia, la que escribe no con palabras, sino con sus acciones. Me dijo que se sentía honrada por recibir esos elogios. *Ya me creo mucho*, contestó. *Nada más falta que lo sea*.

#### IV

¿Cómo saber quiénes son las personas a las que más queremos? Mi aprecio tiene forma de preocupación: esa lista de nombres que me viene a la mente cuando la realidad se resquebraja. Ante el temor, siempre pienso en Amada. Le llamé hace cuatro años después del terremoto que la sacudió cuando entraba a metro Ermita, justo en las escaleras. No estuve allí con ella —pues yo entonces cruzaba una ciudad ciega, toda la avenida Cuauhtémoc sin semáforos funcionando, una Del Valle que jamás había visto, ni quiero volver a ver— pero me la imagino aguerrida, con su temple característico. Le marqué también en marzo del 2020 cuando la noticia de los contagios nos tomó a todos por sorpresa. El último día de labores ella estaba en la universidad, su segunda casa. Tomaba clase de portugués. El maestro salió y habló con otros profesores, Amada intuyó que nada bueno sucedía. Notificaron que las clases se suspenderían hasta nuevo aviso.

Me contó cómo fue que los desalojaron. Ella miró los árboles, los edificios y se preocupó de tan solo pensar que podría ser la última vez que pasara por allí. La incertidumbre tomó la hipotética forma de una despedida. Los libros. Los salones. Los maestros. Los amigos. Salió sin saber qué pasaría, si acaso iba a regresar, hasta cuándo. Decidió irse un tiempo a Ayapango, el pueblo de donde es originaria. Comparte infancia con una de nuestras heroínas personales, Sor Juana Inés de la Cruz. Siempre que me ve usar algún billete de doscientos pesos, me recuerda que allí está retratado su pueblo en la imagen de la Hacienda de Panoaya. Le bromeo diciendo que no extrañe los famosos *venados acariciables* y que mejor deambule por el Parque de los venados.

En este último año, cada que paso por fuera de metro Ermita pienso en que me gustaría que Amada vuelva a estudiar con todo lo que implica ser una universitaria de 73 años: recorrer los salones, confundir a sus compañeros que cada día se hacen aún más jóvenes, pedir prestados todos los libros que se le puedan antojar para poder leer sin límites. Me cuenta que un compañero de su clase de portugués le dijo hace poco que ya no se preocupe por la escuela, que vaya a Santo Domingo y se compre un título. *Ay, amiga, no juegues. ¡Que saliera yo con esas tonterías! No me lo perdonaría, no, ni de chiste. Me da pena conmigo misma. Porque a quién más le preocupa. No llevo prisa. Si acabo la carrera: qué bien. Y si no, también*.

Recibo un mensaje tuyo en mi teléfono: Amada te ama. No puedo sino sonreír y desear que mi mejor amiga pueda regresar a sus andadas, a romper todas las expectativas, todos los tiempos. Hago un recuento de estos años a su lado, las historias que me ha compartido, los lugares que hemos caminado juntas y no puedo sino pensar que acaso, en su broma usual, tenía toda la razón: Amada no es ni de la Benito Juárez ni de Iztapalapa. Amada Xoco, Amada Tlatelolco, Amada Ermita, Amada Coyoacán, Amada La Raza, Amada Del Valle. Amada es la ciudad entera.

#### 4° Lugar

#### *La fuente de la juventud* Fausto Patricio Jijón Quelal

A la Rebecuela

Había visto a mi abuela pocas veces en toda mi vida, de hecho, creo que las puedo contar con los dedos de mis manos, pero en realidad mi cabeza no olvidó su silueta, gracias a mi madre, que se empeñó en ello, para que nunca deje de recordar los mejores momentos de mi infancia.

Yo vivo en Estados Unidos, soy medio gringo; mi abuelita, vive en un pueblito muy cerca de la Ciudad de México, pero por esto de la pandemia mis tíos se mudaron a la gigante y caótica ciudad, llevándola con ellos para que esté acompañada, pues nadie imaginaba que esta pandemia duraría tanto tiempo. Con mi mamá, siempre estamos muy pendientes de todo: de la salud de los tíos, de los amigos de la infancia de mi mamá pero, sobre todo, de mi abuela. Mamá sueña con volver a México y abrazar a mi abuela, como ella la abrazaba cuando, llorando, regresaba a casa quejándose porque las niñas más grandes no querían jugar con ella. Mi abuelita, con la dulzura que la caracterizaba, le decía que no pasaba nada, que los niños sí querían jugar con ella, pero, quizá por chiquita, no la vieron y por eso se quedó atrás.

Lastimosamente, mamá no puede regresar. Ella, como muchas mexicanas y latinas más, es inmigrante, lo que hace que no pueda salir de este país. Yo, como les dije, soy medio gringo. Bueno, eso dicen por acá, aunque mi corazón es súper mexicano; tengo a toda mi familia que me enseña a amar mis raíces, su gente y su cultura, tanto así que, ahora con esto del COVID- 19, he decidido regresar a México por unos meses mientras todo se arregla en el mundo.

Mi mamá me decía que es muy peligroso ir en este momento, no sabía si era una buena idea, pero las ideas son el espíritu más bestial del alma, eso siempre decía mi abuelita, y ahora entiendo perfectamente lo que



quería decir con ello. Mi alma está con mi abuela y mis tíos. Muero de ganas de sentir los surcos que rodean las infinitas manos de mi abuela, sentarme a su lado y que me cuente esas historias de cuando mamá era chiquita. Al parecer, soy idéntico a ella, pero nunca pude comprobarlo. Allá en el gabacho, mi pobre madre se ha dedicado a trabajar y a sacarme adelante para que pueda tener una profesión que, como ahora, me permite ir a México a acompañar a mi familia.

Cuando digo acompañar en serio me refiero a eso, porque mi abuelita no ha salido desde que todo esto comenzó, le da miedo, dice que “esta enfermedad se ha llevado a los pocos amigos que le quedaban”. Don Carlitos, por ejemplo. “¿Te acuerdas de él, mijito? Uyyy, si él hasta te cargaba cuando eras chamaquito, y decía: Pues este niño de gringo, no tiene nada”. Yo, claro que no me acordaba de él, pero oír a mi abuela contarme esas historias como si me las contara cada día de mi vida, me estrujaba el corazón. Para ella, yo nunca he vivido en otro lugar, y para mí, ella ha estado a un metro de distancia, distancia justa para levantar un poquito la voz y decir: “Abue, tengo un problema y sé que tú me puedes ayudar”. Siempre fui su chiquito, el que lloraba como su hija, cuando sus primos lo dejaban solo, ese que se escondía en medio de sus enaguas y podía conformar un mundo territorial alrededor de ellas. No existía nada más que mi abuela cuando la miraba y en sus ojos encontraba la historia de toda su descendencia, junto con la fortaleza de las mujeres de su familia, que luchaban como unas guerreras para sacar a quien tuvieran que sacar adelante.

Y así, con todas esas anécdotas a nuestro alrededor, llegó una historia más que contar. Ya era hora, había llegado su turno. Le tocaba en esta semana pasar a la historia como una sobreviviente más de este bicho que nos tiene amurallados en la invisibilidad de las penurias, ese animal virulento que a mi abuela la tiene con los nervios destrozados sin entender cómo es posible que nadie la visite, o que los abrazos tan queridos que siempre ha podido dar, ahora le son completamente ajenos.

Claro que se asustó, no quería vacunarse, le daba miedo lo que podía pasar. Entre una oleada gigantesca de información que atraviesa las paredes y los espacios más chiquitos de su casa, ella tenía el presentimiento de que algo podría salir mal, pero cuando hablábamos no tenía razón para dudar. Pero a todos nos da miedo el futuro, la vacuna ha venido a mostrarse como el eterno miedo a lo desconocido, al infinito deseo de seguir caminando libres por la calle. Pero ella, testaruda, imaginaba que esas son cosas del diablo y era mejor esperar a ver qué sucede con otras personas, antes de pensar siquiera formar parte del selecto número de viejitas y viejitos que, como en los cómics, saldrían meses después a conquistar las calles que tantas veces les han sido negadas y ahora, sanos y fuertes, las volverían a recuperar en un arrebató de segunda juventud.

Pero el incansable tiempo no mira atrás, ahí andaba afilando la oreja de mi abuela, casi gritando como el gas, o el del fierro viejo, que ya llegó su hora y que la vacuna está cerca.

Mientras tanto, averigüé dónde le tocaría vacunarse. No lo podía creer, era la Biblioteca Vasconcelos, no entendía nada, ¿cómo puede ser que un lugar así sea punto de vacunación? Mis tíos me explicaron todo; el

gobierno está buscando vacunar rápido a la mayor cantidad de gente posible y, por su espacio y ubicación, la biblioteca era perfecta para este motivo.

Yo, emocionado e ingenuo, le dije a mi abuela que debía estar feliz, pues era histórico el lugar donde le pondrían la vacuna. “Histórico es que hayas venido a visitarme”, respondió ella, dejándome con la emoción a cuestas. “Mejor no digas tonterías y ven a comer”, musitó, cambiando el tema tajantemente.

Pero, aunque en su voz existía resistencia, su cuerpo y alma añoraban poder volver a salir; en primer lugar, salir a ponerse la dichosa vacuna, pero en realidad era solo el primer paso para comenzar a caminar a una normalidad perdida, normalidad que ya no es ni será la misma.

Y, claro, yo vine a eso, a ayudar, a llevar a mi abuela a su punto de vacunación y, al acompañarla, ser partícipe del momento exacto en el que regresa en el tiempo y es vacunada como lo fui yo cuando era un mocoso.

Su andar ya no es tan ligero como la última vez que estuvimos juntos, así que mi brazo se convirtió en la ramificación de sus pasos. Los dos, despacio y sin apuros, nos formamos para que ella pudiera ingresar a este universo mágico de libros convertidos en compañeros de viaje, pero ahora el viaje sería físico. Viajarán un sinnúmero de abuelitos y abuelitas como la mía a reconciliarse con la vida, a dejar sus miedos y dejarnos con el espíritu dentro del cuerpo una vez más.

Cuando pasamos los primeros filtros y, al fin pudimos entrar a la Vasconcelos, había jóvenes leyendo poesía que, en medio del gran ruido generalizado, se convertía en un hilo de paz sonora. Por ahí vi a varias personas sentadas con libros en las manos e imaginé un México de paz, en el que los sueños se convierten en realidad y las historias de terror sólo son contadas en las páginas de algún autor.

Ya le tocaba a mi abuela, mis nervios eran gigantes. Ella, a lo lejos, se quitaba sus lentes, porque siempre creía que las personas cuando te miran de cerca necesitan ver dentro de tu alma y los lentes no permitían conectarte con el otro profundamente.

Después de todo este proceso, nos fuimos de la biblioteca rumbo a la Alameda. Es uno de mis lugares favoritos en la ciudad; mi abuela lo sabe, y no por su arquitectura. Caminamos alrededor de ella y, luego, ingresamos a su fuente. Alrededor corrían niños con cubrebocas mientras sus madres, con gel antibacterial y alcohol, los esperaban para desafiar los rasgos más puros de la infancia. Mi abuela, reía. Me dijo algo que nunca pensé escuchar en ella: “Hijo mío, sé que esto sonará a locura. ¿Recuerdas que en esa fuente te metías cuando eras un chamaquito? Pues ahora me quiero meter en ella”. Nos tomamos de la mano y, lenta pero decididamente, entramos en la fuente. Mi abuela se mojó igual que los niños que corrían a nuestro alrededor.

Nos salimos en cuanto pudimos, riendo y soñando volver a ser niños libres y sin cubrebocas.



**Mención honorífica**  
*Ombligo*  
**Aldo Raymundo Martínez Sandoval**

Para Edgar Darío. Por toda la compañía, por enseñarme sobre los “regalos” de nuestra profesión. Éste es para ti... si lo quieres. Bolita en el ombligo.

Nunca he podido acostumbrarme a que me toquen. Soy alguien que disfruta mucho abrazando a las personas, pero cuando ellas se me acercan, suelo retraerme o apartarme. A veces me pregunto demasiado la razón. Quizá se debe a que pocas veces ocurre que los otros quieran reconocermme con las manos, o con la piel.



\*\*\*\*\*

Camino junto al Parque de los Venados. Durante toda la cuarentena no me había atrevido a llegar tan lejos. Procuo no acercarme demasiado a la gente, de hecho, desarrollé la manía de juzgar a las personas dependiendo de si puedo verles la cara o no: con el cubrebocas puesto, qué agradable sujeto; sin ninguna protección, seguramente te tiraron de chiquito; cubrebocas con válvula o mal puesto, ¿te gusta ser tonto? Las personas que beben agua o están comiendo algo tienen el beneficio de la duda. Me pasa algo similar con los lugares. Si tengo que estar en un espacio cerrado, aunque éste sea amplio, lo siento hostil y quiero salir pronto, pero los parques son como grandes amigos en estos momentos, con sus plantas y sus árboles que demuestran que la vida no se detiene, que siguen reclamando su reino, aunque estén rodeados de autos y edificios. ¿Existirán las pandemias en el reino vegetal? He escuchado que sí, y que han causado hambrunas.

Recibo su mensaje: “Espérame, no te vayas”. Sigo avanzando. Terminé el compromiso que me trajo aquí hace unos minutos así que sólo deambulo entre las plantas y las banquitas. Se llama Edgar y hoy vamos a vernos por primera vez después de todos estos meses. Íbamos a empezar a salir justo cuando se desató la pandemia y nos mandaron a nuestras casas, así que tuvimos que renunciar a la posibilidad de los encuentros físicos. Al poco tiempo se fue al norte para estar con su familia, así que nos conformamos con el Zoom, los mensajes de texto y las llamadas. En el fondo, me parece curioso que nuestro interés haya sobrevivido.

Mientras camino, me cruzo con la estatua de Francisco Villa. Una amiga me explicó una vez que, en sus inicios, este parque llevaba el nombre del caudillo, “y qué crees -concluyó-, no hay venados”. Al menos no de carne y hueso sino de piedra o bronce. Muchas estatuas de esos animalitos. La gente se apropia de los lugares. Pudo haber sido el Parque Francisco Villa mucho tiempo y, sin embargo, decidieron que lo más significativo eran esos cuadrúpedos; la naturaleza, el lado salvaje.

Entonces veo que junto a la estatua camina un hombre, moreno, muy esbelto, con pantalón raído, camisa tipo polo y una barba de un par de días sin afeitarse. Yo te conozco. De hace mucho tiempo. No sabía que te conservaba en mi memoria.

Durante mi época en la prepa conocí a este hombre en las afueras del metro División del Norte, relativamente cerca de aquí. Yo tendría quizá 16 años y, aunque siempre he sido malo al calcular edades, él andaría en sus últimos veintes. Sabe que lo observo fijamente y me devuelve la mirada sin detenerse. Me pregunto si me recordará o simplemente su instinto sabe cuándo es el blanco de atención. Sonríe por los nervios. Qué curioso es sonreír cuando una tela cubre tu cara y, aun así, darte cuenta de que el otro comprende tus gestos.

De la misma manera lo conocí aquella vez: con una sonrisa. No es extraño que los códigos de ligue se aprendan muy pronto entre los jóvenes homosexuales. Las miradas fijas, los guiños y las sonrisas suelen ser los principales. En muchas ocasiones, poco importa el peligro cuando lo que necesitas es identificarte en otro, saber que eres deseado, conocer a los que hablan tu mismo idioma. No recuerdo si la charla duró mucho, pero sí recuerdo que él no se acercaba, manteníamos una distancia clara. Y también recuerdo su frase: “yo vivo en la calle”. No era un hombre descuidado, no parecía sucio, nada, salvo quizá cierta inseguridad, me había indicado que hablaba con alguien sin hogar. Algo debió cambiar en mi rostro o en mi cuerpo aquella vez, porque recuerdo que bajó la mirada. Dijo algo sobre que era normal que no quisiera tocarlo, que eso siempre sucedía, pero que no tuviera miedo, que no era malo. Empezó a decirme que conseguía algunos trabajos, que gracias a eso comía, aunque no siempre. Yo miraba sus tenis blancos con agujetas grises; no estaban más sucios que los míos. Ninguno de mis prejuicios estaba cumpliéndose con ese hombre, y al mismo tiempo era claro que no estaba mintiendo. ¿Por qué me contaba todo eso? Creo que él necesitaba hablar.

El celular vibra de nuevo y descubro un mensaje de Edgar preguntando en donde estoy, que ya viene en camino. Le envío mi ubicación y cuando levanto la mirada el hombre ya se encuentra lejos. Aquella vez, sin que yo le preguntara, dijo que caminaba mucho para distraerse, que a veces estaba en el Parque Hundido. Me imagino que este parque también es uno de sus destinos. Nunca intentó tocarme, aunque quizá si yo hubiera querido acercarme, él lo habría permitido. ¿Y yo lo habría hecho si él no me hubiera revelado su situación? Una caricia en la mano, un leve roce de piernas. Cualquiera de las cosas que suelen suceder tan a menudo.

Se aleja y yo me arranco a caminar en la otra dirección. “¿En dónde dormiré?”, me pregunté la primera vez que me lo encontré y me lo vuelvo a preguntar ahora. “Espérame tantito”, dice el celular. Sí, yo espero. ¿Por qué me contó que trabajaba? ¿Por qué recuerdo tan claramente a alguien a quien sólo vi una vez?

Atravieso el edificio de la Alcaldía hasta llegar a Avenida Cuauhtémoc. Sólo camino, sin tener un destino mientras espero. Pienso en ese hombre, que probablemente me dijo cómo se llamaba y simplemente lo olvidé. Él no escogió caminar sin rumbo, sino que está obligado a hacerlo. Aún si no quisiera. Me imagino si va del Parque Hundido al de los Venados. ¿Tendrá una ruta fija o la modificará para hacer menos monótono su andar?

¿Las habrá probado todas después de tanto tiempo? ¿Lleva todos estos años sin hogar? ¿Cuáles son los trabajos que consigues? ¿Qué siente en la piel al amanecer?

Sigo sobre Cuauhtémoc y hay un edificio en construcción o remodelación. De entre unas varillas sale un gato que no tiene parte de una oreja. Lo saludo y no está asustado, no es de esos que huyen con el menor ruido. Se me queda viendo y yo pienso que ojalá tuviera algo para darle de comer. Como si la vida me leyera el pensamiento, se me cruza un Oxxo a los pocos metros. Lo dudo un instante... me quedo quieto en la puerta, veo que no hay tanta gente así que entro y le compro un sobre de alimento con sabor a “Sensaciones marinas”. Alguien se forma detrás de mí. No te acerques tanto. Este lugar debería tener una mejor ventilación. Pago los once pesos y después de una buena dosis de gel antibacterial regreso junto al amigo felino. Por un momento pienso que ya no está, pero aparece saliendo de un arbusto. Vacío el contenido del sobre en el piso. Los ojos de una chica que pasa a mi lado se rodean de arrugas, y puedo adivinar que hay una sonrisa cómplice debajo del cubrebocas, mientras que otro hombre me mira con desdén. Yo le devuelvo una mirada dura, “ni se te ocurra quejarte”. Me despido del pequeño mamífero y sigo mi camino.

Muy cerca, otra mujer me observa. Ella parece, según mis aún existentes prejuicios, alguien que también vive en la calle. Paso de largo esperando que me pida dinero. Ella vio que entré y le compré algo al gato. Vio que hablé con él. Que lo acaricié y después me despedí. Paso a su lado, pero no me pide nada. Sólo me observa. No recuerdo la última vez que compartí mi dinero con alguien de la calle.

Sigo avanzando y giro en la siguiente esquina, de nuevo en dirección al parque. Hay un cajero cerca, quizá pueda pasar. Di una vuelta innecesaria. Pienso en el hombre nuevamente. ¿Cuál es la noción de una vuelta innecesaria en una persona que camina para que la vida avance? Paso frente al Fondo de Cultura Económica y miro en la vitrina *Viaje al Oeste*. Llevo un tiempo queriendo el libro, pero me niego a gastar tanto, aún no sé cómo viene el resto del año. “¿En dónde estás?”, me pregunta el celular, y le respondo con mi ubicación de nuevo. “¡Deja de moverte!”. De acuerdo, aquí me quedo.

¿Cómo afecta la pandemia a ese hombre? ¿Qué cambió en su vida? ¿Cómo es su andar por el mundo ahora? Entonces caigo en cuenta que no traía cubrebocas puesto. Lo reconocí porque vi su rostro entero, identifiqué cada una de sus facciones. Quizá por el recuerdo que me trajo, no fue mi impulso inicial juzgarlo. No pensé “eres un irresponsable”, porque, además, ¿qué responsabilidad tiene con los otros? ¿Por qué tendría que preocuparle contagiar a quien sea cuando seguramente él ha estado expuesto a muchas otras cosas? Mientras veo una libreta con perritos estampados, recuerdo sus movimientos, que también reconocí, su cadencia, como cansada, como disculpándose. Si yo estuviera en esa situación, ¿querría ponerme un cubrebocas? ¿Gastaría dinero en uno?

Entonces llega Edgar. Finjo no verlo porque me da pena no saber cómo reaccionar. Trato de ser consciente de si estoy encorvado o no. Me quedo mirando fijo los perritos de la libreta. Siento vibrar el celular y finalmente se acerca a mí. Además del cubrebocas, trae una careta que me hace pensar en un astronauta. Nos

saludamos con la cabeza y me pregunta si puede darme un abrazo. Me da miedo. Si de por sí casi siempre pienso que el mundo es hostil conmigo, ahora con la enfermedad a la vuelta de la esquina, peor. “Es que hay COVID...”. Él sólo se acerca y me da un apretón rápido. “Déjame invitarte un café”. Yo acepto.

\*\*\*\*\*

En realidad, tengo miedo. La segunda ola de contagios recién ha pasado así que, aunque estamos en un lugar abierto, sólo me quito el cubrebocas para lo indispensable. Veo a Edgar tomar su café, veo su barba que está creciendo lentamente y sus ojeras. Está cansado y se nota, pero quiso aprovechar para encontrarnos, después de casi un año.

Lo veo en vivo. Es más flaco de lo que la pantalla permitía ver, y seguramente él piensa que yo estoy más gordo. Ya sabía que me gustaba, pero tenerlo aquí en frente lo confirma. No quiere decir nada, las relaciones virtuales son muy diferentes a las presenciales. Pero sí me gusta. De hecho, creo que verlo tan cansado le da un toque particularmente atractivo. Nos levantamos y es momento de volver a nuestras casas. Caminamos de regreso al parque de los Venados, esta vez del otro lado de la acera. Nuestros brazos en algún momento se rozan. Quiero tomarlo de la mano. Quiero abrazarlo. Quiero sentir su cuerpo. Guardar su olor en mi memoria. Pero una parte de mí vive en el terror constante, como un gato miedoso que escucha el motor de un auto.

Volteo al parque y no hay más señal del hombre. Quizá mi vista no llega tan lejos, o quizá ya va camino a otro lugar, o a su trabajo. Edgar en algún momento se voltea hacia mí y acerca su mano a mi estómago. Yo instintivamente me echo hacia atrás, con cierta sorpresa.

—Quiero tocarte el ombligo — dice.

—Perdón, me asusté.

—Cuánto daño te han hecho.

Nunca he podido acostumbrarme a que me toquen. Soy alguien que disfruta mucho abrazando a las personas, pero cuando ellas se me acercan, suelo retraerme o apartarme —impulsos que se han potenciado durante el último año—. A veces me pregunto demasiado la razón. Creo que pocas veces me pasa que los otros quieran reconocermé con las manos, o con la piel.

El ombligo es la primera cicatriz de nuestra vida. Sí, quiero abrazarlo, rodear su cuerpo que nuestras piernas avancen juntas, pero me sentiría un hipócrita haciéndolo ahora cuando durante meses yo me he negado al contacto con él, a siquiera tomarnos un café... hasta hoy. “No siempre se puede vivir con miedo”, me dice a veces mi madre. Pero en ocasiones el miedo es una consecuencia del amor. No quiero arriesgar a quienes me rodean. Y, aun así, hay un animal adentro, una parte salvaje que, cuando estamos por despedirnos y cada quien toma su propio camino, me hace darle un abrazo a Edgar. Rápido. Torpe. Ojalá durara un poco más. Pero es un abrazo al final de cuentas. Siento los ángulos de su cuerpo. Quisiera darle un beso, pero eso sería casi una

emergencia terrorista. Después de hoy sé que no voy a quitarme el cubrebocas ni en mi propia casa hasta que hayan pasado doce días.

Lo miro marcharse, y me suelto a caminar. Echo un último vistazo al parque, pensando en ese hombre con camisa tipo polo. ¿Él sentirá que la gente tiene miedo de tocarlo? El día que lo conocí, se marchó cuando otro hombre llegó, se tocó la entrepierna, le hizo una seña y se fueron juntos. Pienso en mi miedo al contacto físico. Creo que ya era parte de mí desde antes del 2020. Tal vez haga falta que la gente me toque un poco más. Edgar vive cerca, a lo mejor debí acompañarlo a casa, dejarlo en la entrada, y tocar su ombligo.

Quizá otro día.

Inicio el camino a casa. El aire mueve las hojas de los árboles. Coloco mi dedo índice en el centro de mi estómago, tocando mi ombligo. Quizá otro día.